

* MIGUEL ÁNGEL VELASCO *

LA MIRADA SIN DUEÑO

[*Antología*]



— RENACIMIENTO —

LA MIRADA SIN DUEÑO



MIGUEL ÁNGEL VELASCO

LA MIRADA SIN DUEÑO

[Antología poética]

*Selección y prólogo
de
Vicente Gallego*



RENACIMIENTO
SEVILLA • MMVIII

Diseño de cubierta: Marie-Christine del Castillo

© 2008. Editorial Renacimiento

© Miguel Ángel Velasco

© Edición y prólogo: Vicente Gallego

Depósito Legal: S.19-2008

Impreso en España

ISBN: 978-84-8472-358-5

ISBN eBook: 978-84-8472-762-0

Printed in Spain

...esa mirada que no tiene dueño.

CLAUDIO RODRÍGUEZ

PRÓLOGO

UNA ÉTICA DEL EXCESO LA POESÍA DE MIGUEL ÁNGEL VELASCO

*C*ONOZCO pocos casos de vocación poética tan notables como el de Miguel Ángel Velasco. Al igual que Juan Ramón –uno de sus grandes maestros–, ha vivido casi exclusivamente para la poesía; no ha escrito más que verso y no se le conoce otro trabajo que el de propiciar con excesos a la Musa. Contemplándolo vivir, se diría que se enfrenta al mundo con intención poética, dispuesto siempre a aprovechar lo que el mundo tenga a bien regalarle como materia del poema. Miguel Ángel Velasco usa de la poesía como vehículo de euforia, la quiere y la mastica como si fuera hoja de coca, necesita de ella para encontrarse con su mejor ánimo, y para encontrarle de paso algún sentido a esta espiral que se nos traga. Lo he visto aullar de puro gozo, bailar

como hechicero, encaramarse en el pico de su loca energía celebrando el don inesperado del poema. Si llega la ráfaga del trance, para él no hay jornada mala.

De la misma manera, con igual intensidad, paladea Miguel Ángel la poesía de sus maestros. Lo que siente por Manrique, por Fray Luis, por Quevedo, por Juan Ramón, por Neruda, por Claudio Rodríguez, va más allá de la admiración. Y para demostrarlo lo asiste una ancha memoria que le permite hacernos presentes sus mejores estrofas en cualquier momento, con su voz de relámpago y de bronce. Estar con él es contagiarse de entusiasmo, participar de ese culto. En su compañía no caben los descreídos, por que no hay quien sepa resistirse a la alegría con que parece estar siempre respirando su verdad, la que lo salva y justifica.

Miguel Ángel Velasco tiene muy claro que ha venido a gozar al planeta tierra, por eso le incomoda decididamente cualquier tarea que no consista en usufructuar sus dones. Ha dispuesto su tiempo en la voluntad inquebrantable de no perderlo más que de la manera que mejor le plazca. Y así lo vemos, en su difícil libertad, desenterrando fósiles, leyendo a Homero, explorando la Patagonia, aceitando en el nado la osamenta o estudiando el Pharmacoteon y probando los diversos venenos sagrados de este mundo.

Como lector de Velasco he aprendido a afinar la vista; me ha enseñado a dejar de mirar para empezar a ver, a recrearme en el más mínimo pespunte del tejido de la realidad, porque también a mirar se aprende. Ante sus grandes ojos azules una rodaja de palmera, un erizo de mar, una gota de rocío toman la apariencia de vastos universos donde cada detalle es un motivo de asombro y fruición. Como Neruda, otra de sus referencias capitales, Velasco ha cantado con arrobo la inmensidad de las cosas más pequeñas, ha intuido que el océano entero, su esencia de maravilla, cabe en una sola de sus gotas. Por eso en su visión caleidoscópica cada humilde fragmento de este mundo refleja la grandeza, la profundidad del campo en que aparece. Un vilano al vuelo, un ammonites, un charco olvidado se nos muestran en su escritura como sagradas pepitas del gran tesoro. Y sobre las alas de una mariposa nos deslumbran: «las máculas del sol y la viruela / de la luna. Las llagas del martirio. / Las limpias nubes misericordiosas. / Gotas de sangre. El jaspe de los templos. / Estigmas y denarios y cadenas».

Velasco es un sensitivo por naturaleza, en sus versos todo huele, sabe, brilla, se toca. Y todo baila. Los dos rasgos que distinguen y sancionan la calidad de su voz poética son el

sincero atrevimiento visionario y su musicalidad a ultranza. Miguel Ángel vive el poema como el advenimiento de lo que podríamos llamar una visión clara por la música. Es la música la que abre el balcón al infinito de lo visto, y las cosas, enhebradas en el son que las desgrana, nos revelan entonces su secreto. En la noche más clara, sobre la hilacha de una nube, el poeta ha llegado a ver «caballos fantasmales, traslúcidos los flancos, / con sus amarillentos cartílagos de bruma». Y, al contemplar una concha marina, la está percibiendo «como luna arañada, / como impronta del sol / arador de la espuma. / Con surcos que repiten / el rastro de la reja sobre el mar». Bien digerida la lección de libertad del surrealismo, el elemento irracional, tan presente en esta obra, no resulta nunca gratuito. Las más arriesgadas imágenes y metáforas, con admitir un alto grado de abstracción en sus formulaciones, siempre conservan aquí una voluntad decidida de comunicación, aunque a veces ese vínculo se establezca en un ámbito que está más allá de los dominios de la lógica conceptual, porque esta poesía nos hiere como un rayo de segura claridad que rompe entre lo oscuro.

Velasco se atreve a casi todo cuando se trata de tentar al verso para que se enuncie en su tensión definitiva. Y en esa

aventura —una de las más apasionantes a las que he asistido como lector— se ha ido encontrando con una voz tan singular que no resulta difícil reconocer cualquiera de sus poemas prescindiendo de la firma, porque la firma de un poeta, su huella dactilar, es algo que leemos entre líneas. Esa voz se ha empapado largamente en el agua de la tradición y, sin embargo, la escuchamos como absolutamente nueva, gracias al viejo milagro que no cesa de obrar donde quiere y cuando quiere la poesía. Partiendo de los ritmos clásicos de nuestro idioma, Velasco ha llegado en sus últimos trabajos a lo que me atrevería a llamar un frenesí de la lengua en el que el verso, más que fluir como un río, parece brotar a presión como de una fuente poderosa, desbordando y obligando al poeta:

Y tener que perderlo,
y tener que trizarse
mi osamenta con todo
su equipo de crecerse y de fortuna,
tener que como rápido
dominó
desandarse
tanto hueso
como sostiene al júbilo,

tanto hueso de amor
con sus carnestolendas,
en un aquí sin más de ese mal paso
de la que nunca baila,
de la que nunca tuvo
un don carnal gallardo
que en volandas alzara al amor de los aires,
con volante de azules al amor de los aires,
su bandera de tibias.

(«*Break dance*», de Fuego de rueda)

Pero su música, que en Fuego de rueda se convierte en puro atrevimiento, en un galope sobre el filo mismo del idioma, no se apoya tan sólo sobre su infalible sentido del ritmo: entre acento y acento, es capaz de rendirnos con un alarde de pensamiento sintético, con una metáfora de traperista, con un adjetivo de doble filo. Por eso en cada nuevo libro lo vemos adentrarse un paso más en esa fronda de completa libertad donde las palabras se aprietan, se estiran y se quiebran en busca de su colmo de sentido. Así, en éste, el último de los suyos hasta el momento, escuchamos su ráfaga lírica como nunca antes, y los textos se presentan ante nosotros más que dichos, percutidos, dejándonos el eco de su detonación en la memoria.

Velasco es un poeta de espacios abiertos. Lo encontraremos casi siempre en la campiña, o cerca del mar, escrutando el firmamento y el infinito tesoro de las formas terrestres. Se detendrá a considerar el alcance de unas coles lombardas lo mismo que el trino de los pájaros o el rumor delicuente de las olas marinas. El mundo natural funciona aquí como una especie de astrolabio que nos permitirá atisbar lejanos horizontes, los del alma expuesta y enfocada del que mira. El don de la mirada es lo que canta Velasco sin cesar, y lo que tiene de religioso esta poesía es su modo de creer en la belleza de este mundo. La energía que la empuja desde dentro es la de la gratitud, que se manifiesta en asombro y alabanza. Lo que otros han encontrado en el seno del templo, él lo percibe en la intemperie, su dios respira en la piña de lumbre y en la nube, en el vuelo de las garzas y en el paso menudo del escarabajo.

Porque ama la poesía, Miguel Ángel Velasco ama la vida, que es, en último término, la sustancia del poema, y sus versos, incluso cuando andan de duelos y de cuitas, tienen la entonación aérea del cántico. Cuando se topa en ellos con la Parca, el tutti de la orquesta suena como nunca: